

ne de la vida hasta en ese contraste desolador de la naturaleza pujante y de la naturaleza aberrada. Sin embargo, no sé por qué, la filosofía queda aquí al margen del cuadro. El cuadro mismo no os conmueve. Tenéis que hacer un esfuerzo imaginativo sobre el asunto, tenéis que pensar en la anécdota. La vista se os va, insensiblemente, arrastrada de la emoción de pura estética, a los juegos de claro-oscuro, a los matices rutilantes, al movimiento y a la línea; en una palabra, a los aspectos externos de la sutil tragedia.

Sorolla mismo comprendió. Él no era un sugeridor, sino un descriptor; no un ideólogo-naturalista, como Jean Laurens o Bastien-Lepage, a quienes tanto admiraba, sino una simple retina. La visión pictórica era demasiado acaparadora en él para dejar campo a la imaginación o al comentario. A esa visión mediterránea que como ha dicho alguna vez Ortega Gasset, abarca mejor la extensión que la intensidad de las cosas, le faltaba la aptitud analítica y deformadora de un Zuloaga, para expresar las dimensiones espirituales.

Así, no tratará ya Sorolla de pintar más cuadros de tesis, en que la naturaleza sirva como de *medium* para las figuraciones morales. Se limitará a la reproducción franca e incommentada de la realidad inmediata que perciben momentáneamente los sentidos, y hasta en sus retratos, no irá más allá de los datos concretos, ni perderá la ocasión de retratar a plena atmósfera, bajo el sol que él ama y conoce.

Yo me imagino que hubo en Sorolla, a raíz de su gran triunfo de París, esa especie de revisión, casi estoy por decir de resolución, inconsciente acaso, pero de todas suertes reflejada en el resto de su obra, a partir de 1900. Las grandes victorias, como los grandes fracasos, ¿no suelen tentarnos a venir a cuentas con nosotros mismos? En 1900, Sorolla se encontró. El triunfo de su naturalismo, le llevó, estimulado por la crítica, a la adopción definitiva de esa actitud, en cuanto al fondo.

Pero es probable que el acrecimiento de prestigio, la conciencia de la sanción universal, le indujeran a lo que pudiéramos llamar la ostentación de la forma, el alarde de habilidad técnica. A partir de 1900, el estilo, la factura de Sorolla se hace más atrevida, casi pudiéramos decir más insolente. A los viejos hábitos de